

## Los Libros

LA CASA MIRABA LA MAR

En este libro de Luz de Viana hay una especie de ritmo lento o de manera muy especial de hacer coincidir los hechos, con la gente que actúa en el relato. Las características mismas del escenario le confieren cierta poética vaguedad; de siluetas lejanamente percibidas, sin que los relieves se vayan acentuando para ubicar con exactitud los hechos y la fisonomía de los seres humanos. Pero a la autora no le interesa este aspecto. Ella actúa como un músico y ejercita algunas formas de composición musical y que al posar sus dedos sobre el teclado tanto puede ser una fuga, como un andante lo que surja de súbito para envolver de nuevo la narración en la niebla sutil de un suave divagar. De un bello ensueño.

No hay duda que Luz de Viana es un poeta en prosa. Un poeta de curiosa originalidad, pues sus creaciones y su música no tienen estallidos de aparatosa decoración melódica. Es a ratos como una dulce corriente que se desliza por el medio de un paisaje diluído en la mente de la autora, en suaves tintas; como si ni la risa jocunda ni el delirio de las pasiones violentas pudieran caber en este libro que a ratos es como un jardín de imágenes.

Conocemos a la autora y es sin duda alguna, una de las escritoras chilenas de más femineidad en su manera de ser, en su

espíritu en el cual se percibe algo de alada gracia en permanente juventud.

El libro a ratos, nos da la sensación de que se va a internar por la senda inesperada de una gran pasión o que nos va a decir el secreto íntimo del alma. Pero Luz de Viana prefiere mantener al lector en una especie de permanente desconcierto. Su prosa, de finos matices expresivos, tiene extraordinaria facilidad para destacar a un personaje, mas luego como si en ello estuviera su gozo, comienza a desmoronarlo, a diluirlo en suaves tintas. El carácter no es lo que le interesa reflejar a Luz de Viana, sino una especie de música interior, que se alarga en el tanteo de la composición o en el boceto de una silueta que apenas queda insinuada.

En Matilde, de su breve novela, «La casa de pensión», advertimos algo de esa modalidad que caracteriza la obra de esta autora. Sus cuentos o novelas breves tienen un argumento y las pinceladas que da para situar el escenario, son como líneas indecisas, algo así como un pintor de gran habilidad técnica que se pusiera a jugar con los colores.

Esta manera de ser se acentúa en Luz de Viana, en su novela «La casa miraba al mar». Encontramos que allí hace un alarde de ese paso leve de hada del bosque, que juega entre los árboles sin dejarse ver del todo.

Hay en ella una modalidad singular; yo no creo que sean defectos de técnica, pues se muestra hábil y sorpresiva para dar siempre la solución. Nos queda la impresión más bien de que lo hace deliberadamente como un pájaro que vuela entre la sombra y la luz suave de la luna, sin posarse demasiado en ninguna parte, como si siempre estuviera preocupada de que su paso tuviera algo de ingrávito o imperceptible.

Este de Luz de Viana es un libro de bellas y ocultas resonancias. Es un lenguaje que encuentra en lo más recóndito, una nota que hace vibrar en momentos determinados, como una leve brisa que barre la oscuridad, según su propia expresión. Su ensueño la lleva camino adelante en un ámbito de poesía y, a ratos, de

éxtasis frente a los fenómenos de la naturaleza y de la vida. Es como si se quedara absorta dentro de sus propios pensamientos. Una escritora de acentuada originalidad. Su obra no es sino el resultado de una armoniosa consonancia entre la ficción del arte y la realidad de su propia existencia.—LUIS DURAND.



«LA MITAD DE LA VIDA», por *Gladys Thein* (Tegualda, 1949)

La vasta labor poética que precede a esta su primera novela nos absuelve de hacer una presentación al público de la personalidad extraordinaria de Gladys Thein. Su fina sensibilidad y su intensa vida interior forman la urdimbre de su obra.

Hemos conocido y seguido con vivo interés su labor literaria y podemos decir sin ambages que con «La mitad de la vida», Gladys llega a la cumbre de su carrera.

Hemos leído a la Gladys poeta; ahora se nos presenta una novelista de acentuadas condiciones.

No era raro que su vena poética se pusiera de manifiesto; en esta ocasión hace de un aspecto de la vida un poema.

El tema de la obra es de un valor simbólico universal y marca nuevos horizontes en nuestra literatura imaginativa, tan pobre en argumentos como en imaginación.

Los personajes de gran contenido representativo están estudiados con una profundidad psicológica tal que los hace revivir ante nuestros ojos.

Es la vida trágica de una familia de la clase media en que se ven reflejados desde las preocupaciones de una niña precozmente inquieta, hasta las vicisitudes de una madre que gasta sus mejores días por ayudar a sostener un hogar cuyo jefe es incapaz de mantener.

En la pintura psicológica Gladys Thein es una maestra consumada.